



Por Freddy Pérez Cabrera
(Freddy@vanguardia.cu)

Los héroes que prefiero, hechos de carne y hueso, son los que sufren, se equivocan y entran en contradicciones; pero, en la hora del peligro y de la grandeza son capaces de poner por encima de todo a la patria.

Ejemplos sobran de lo anterior en nuestra historia. Ahí está el ejemplo de don Mariano, el padre de Martí, quien, a pesar de su rudeza, cuando fue a visitarlo a la cárcel se abrazó llorando a los pies ensangrentados de su hijo, que arrastraba cadenas y grilletes en las canteras de San Lázaro; o el del Padre de la Patria, Carlos Manuel de Céspedes, capaz de decirles a los españoles cuando lo instaron a deponer las armas a cambio de la vida de su retoño: «¡Oscar no es mi único hijo, yo soy el padre de todos los cubanos!». Así fueron los hechos y nadie tiene derecho a cambiarlos.

Y es que la historia, como me la enseñaron, es la anécdota, el relato, la narración y el análisis profundo de los hechos, a partir de la actuación de sus protagonistas. En ese sentido, puedo sentirme afortunado de haber tenido tan buenos maestros durante todo el proceso de mi formación. A la mente me vienen ahora Hipólito Brito, Juan Martí, Héctor Bosch y Horacio Díaz,

entre otros, quienes, con sus brillantes disertaciones, contribuyeron a que amara y quisiera a esta tierra heroica.

Recuerdo también a Mario Hernández, un excelente pedagogo oriundo de Encrucijada, quien no se cansaba de resaltar la visión del Apóstol acerca de los héroes: «¡Y todo el que sirvió es sagrado! El que puso el pie en la guerra; el que armó un cubano de su bolsa; el que quiso la Revolución de buena fe, y le sacrificó su porvenir y su fortuna, ya lleva un sello sobre el rostro, y un centelleo en los ojos

que ni su misma ignominia le pudiera borrar luego».

Lo común en las clases de todos ellos era que siempre fueron una lección de sabiduría y de patriotismo. Cuando hablaban de Maceo y otros próceres de las gestas independentistas, poco les faltaba para montarse a caballo y blandir el machete en plena clase. Y si de Martí se trataba, recuerdo que lo describían como el hombre que fue capaz de conquistar el corazón de la niña de Guatemala y de Blanquita Montalvo; y también, de decirle al

mismísimo Máximo Gómez cuando no estuvo de acuerdo con la manera en que este preparaba la futura guerra: «Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento».

A mis maestros les temblaba la voz, tanto como al maestro Rafael María de Mendive, al hablar de Frank País García y contar sus proezas en la dirección de la lucha clandestina y el amor que sentía el líder santiaguero por América Domitro, la novia que tanto quiso. Igual pasión transmitían cuando se referían a Abel, el joven a quien

le sacaron los ojos sin que sus asesinos lograran arrancarle una sola confesión, entre otras figuras que han dejado una huella imborrable en nuestra historia.

Ahora, cuando corren tiempos difíciles y complejos para la patria, hay que reconocer que, aunque quedan muy buenos profesores, no abundan los que imparten la asignatura con igual ardor y responsabilidad que mis maestros.

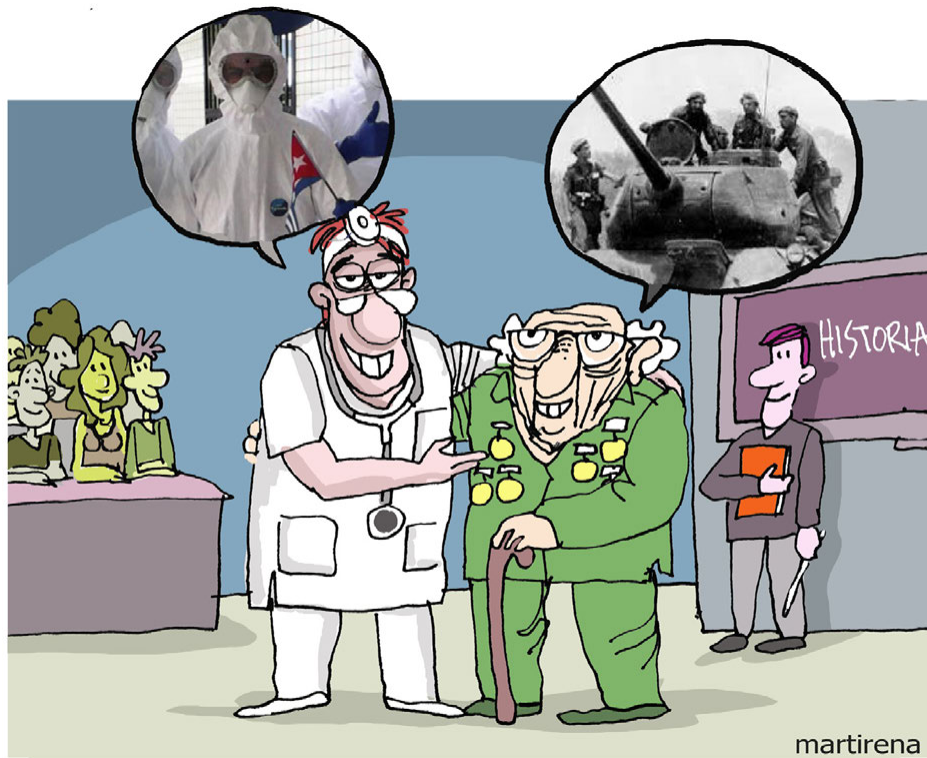
Por los muchachos del barrio y muchos adolescentes con los que converso a diario, he podido comprobar que, en la mayoría de los casos, las clases se convierten en el relato de una sucesión de causas y consecuencias, sin que aparezcan con frecuencia el hombre o la mujer que protagonizaron los hechos, con sus defectos y virtudes.

Tampoco creo que se aproveche como debiera la historia presente. Debe hablarse mucho más de otros «titanes» cercanos, de los cuales tenemos cientos al doblar de la esquina, en la cuadra, la finca, la escuela o el centro científico. ¿Acaso quienes pelearon en Girón o participaron en la Campaña de Alfabetización no protagonizaron una heroicidad? Súmense los miles de cubanos que cumplieron misión internacionalista, los cuales sí son héroes anónimos.

¿Por qué no contar con ellos, acercarlos a las escuelas, a los más jóvenes, para que les narren sus proezas y sufrimientos en Angola o Etiopía; las vicisitudes vividas durante el terremoto en Pakistán o el combate contra el ébola? Al no hacerlo perdemos una oportunidad para formar valores e incentivar la cubanía.

Como le dijera José Martí al poeta José Joaquín Palma: «Nosotros tenemos héroes que eternizar, heroínas que enaltecer, admirables pujanzas que encomiar [...]».

Mis héroes



martirena

Armonía de la calle, cubanía popular



Por Niurys Castillo Hernández
(niurys@vanguardia.cu)

Existen temas musicales que trascienden por sus expresiones genuinas de cubanía. Desde la métrica simple y vivaracha de la décima guajira hasta la sutileza de la canción y la trova, la letra envuelve, simboliza y apasiona. Expresa originalidad y melodía. Despierta emociones y, con ellas, emerge el espíritu festivo que guarda cada cubano.

A la música le debemos alegría, noches de risas, bailes y encuentros. Con ella, los pulmones necesitan más espacio y el esqueleto toma otra soltura. Los pies se dejan llevar por el ritmo y la voz se une al coro de miles de personas.

La diversidad de géneros y estilos dentro de la música constituye amasijo cadencioso de una herencia cultural cargada de razas, religiones, idiomas y nuevas tendencias. En ese cúmulo de idiosincrasia, el mestizaje llegó hasta «la



martirena

calle», donde cada composición plantea una lírica nacida del lenguaje popular.

En la sonoridad contagiosa del Cubatón las palabras se asocian a la armonía del argot de la calle. Con aciertos y desaciertos, el reguetón cubano marca el *rending topic* de los espacios virtuales.

Mientras unos aluden a la picardía, otros apuestan por la realidad del barrio. En ocasiones, la vulgaridad gana terreno en el mundo de esas letras cantadas. Al ritmo pegajoso de la timba y la influencia afroamericana suman un mensaje que, en su propósito reflexivo, pareciera centrarse en las manchas de una sociedad con luces y sombras. Así olvidamos que tanto la crítica como las emociones deben ser moldeadas por valores.

Cantar al amor, al barrio o la

realidad no requiere de medias tintas, si quiera demanda análisis y segundas lecturas. Hablar del barrio y nuestro tiempo nos permite crear, romper esquemas y volver sobre esas raíces que nos hicieron ser quienes somos.

En la calle, «Habla, matador» se convirtió en saludo y *Si mañana amanece* en himno para lo que pudo ser y no fue. De disculpas y relaciones existen varios estribillos que resumen pasiones.

La cultura tiene tantas variantes como elementos que la componen. El Cubatón nació en oriente y descendió junto al tres de las lomas de «donde son los cantantes». Se impuso en el llano y unió a esas generaciones que hacen y gustan de otro tipo de música.

Con él movemos el cuerpo estresado por la cotidianidad. Las letras dejan en el pueblo dicharachos, humor e ironía. Se adaptan al lenguaje y aportan una gota de armonía al amasijo cultural que es nuestra cubanía.